

— TUMBONA EDICIONES PRESENTA —

# VERSUS | ROUND 3

★ ★ ★ UN ENSAYO ANTIESTELAR ★ ★ ★

HERIBERTO **YÉPEZ**



— **CONTRA** —



# LA TELE-VISIÓN

EL **FILÓSOFO** VS LA **CAJA IDIOTA** | **YÉPEZ** VS **AZCÁRRAGA**

UNA PUNTILLOSA CRÍTICA DE LA RAZÓN MEDIÁTICA QUE HA  
LOBOTOMIZADO AL MEXICANO

# CONTRA LA TELE-VISIÓN

D.R. © Tumbona Ediciones S.C. de R.L. de C.V., 2010  
Progreso 207-201, Col. Escandón  
México, 11800, D.F.  
contacto@tumbonaediciones.com  
<http://www.tumbonaediciones.com>

Segunda edición

ISBN: 978-607-7534-25-9  
Impreso en México.  
*Printed in Mexico.*

D.R. © Heriberto Yépez, 2008  
D.R. © Diseño de colección y portada: Éramos Tantos

Impreso por Grafic Gold, S.A. de C.V.

Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente, por ningún medio o método, sin la autorización por escrito del editor.

*This book may not be reproduced, in whole or in part, in any form, without written permission from the publishers.*

**VERSUS | ROUND 3**

**HERIBERTO YÉPEZ**

**—CONTRA—**

**LA TELE-VISIÓN**



**COLECCIÓN  
VERSUS**



*El alma infinita, como mimada al sueño, piensa ser puruṣa, esto es, conciencia limitada. Los atributos de esta esencia divina eran cinco: eternidad (nityatva), omnipresencia (vyāpakatva), plenitud (pūrṇatva), omnisciencia (sarvajñatva) y omnipotencia (sarvakartṛtva). Pero ahora, por la operación de māyā, ese Ser Supremo se proyecta como distante de sí mismo, como un objeto. Ya no reconoce que sujeto y objeto son idénticos en su unidad primordial, de modo que, olvidado de sí, sustituye esa infinitud con cinco limitaciones. Esta eternidad se circunscribe a sí misma en el tiempo (kāla); esta omnipresencia se hace determinación (niyati); esta plenitud, deseo (rāga); esta omnisciencia, intelecto (vidyā); esta omnipotencia, capacidad creativa limitada. Aquí es constituido el Ego individual contenido y oculto por estas cinco fundas”*

Giuseppe Tucci, *Teoría y práctica del mandala*

## PRIMER OPÚSCULO: CONTRA LA TELEFÍSICA

“Tele-visión” es la visión que el ser tiene de sí mismo cuando no yace consigo. Cuando Ser e *imago* se han vuelto distantes. Es la visión desde una supuesta distancia ante sí mismo. La tele-visión es la conciencia que se forma cuando suponemos que nuestro ser no está con nosotros. Estrictamente, la tele-visión se formó en la era dualista.

En general, el dualismo ha pensado mediante nociones metafísicas. Pero la metafísica puede desaparecer sin que se termine el dualismo. El dualismo persevera ya sin necesidad de su vieja aliada.

La metafísica es la fantasía y, a la vez, el intento de terminar con la fantasía. (De ahí que la metafísica sea la contradicción vuelta grandeza. La paradoja sublime.)

La metafísica alega de manera centrípeta que la realidad percibida (“sensorialmente”) se trata de una ilusión cuyo fundamento se encuentra *allende*. Pero la metafísica —como lo sugiere su pérdida de prestigio— desde el siglo XVII (“de Descartes a Wittgenstein”) anunció su reemplazo. Hasta el presente —todavía sombreado por el paradigma metafísico, incluida la Ciencia, su último bastión, a través del mundo subatómico y la noción general de “ley”— no hay un concepto que describa la fase ulterior de la fantasía dualista (de la cual la “metafísica” es tan sólo *una* etapa). Me permito introducir una noción para describir esa sucesión. Se trata de la *telefísica*.

“Tele-visión” no significa solamente un aparato (la “caja idiota”) o, inclusive, un *lifestyle* (espectáculo, mercancía o acidia). Lo que denomino “tele-visión”, aunque no seamos conscientes de ello, implica un desplazamiento desde la *metafísica* hacia la *telefísica*. Este giro define a esta época.

Estoy fechando esta época a partir del siglo XVI, cuando la telefísica prepondera en el “encuentro” entre Oxidente y América. Y la conversión del Ser en autoimagen y de las imágenes del Otro en realidades vueltas instituciones o prácticas fue acelerada, convertida



explícitamente en Orden Mundial. Este orden es el orden de la telefísica que cancela los mundos apartados (excluyentes) de la era metafísica, para inaugurar una época en que lo *Otro ha quedado integrado*.

Si la metafísica es la postura general de que la realidad “verdadera” se encuentra en otro “mundo” (ya sea el *Topos Uranus* o el mundo cuántico) y, por ende, la realidad “macro” o “sensible” es una ilusión o una emanación, la telefísica es el giro que consiste en alegar (consciente o inconscientemente) que la realidad auténtica se encuentra *lejos* (tele), pero *dentro* de este mundo. La telefísica encontró el más allá sin tener que salir de este mundo.

La telefísica hizo de este mundo una postergación infinita.

La telefísica no sólo abolió el otro mundo. Abolió *este mundo* también al sustituirlo por una serie de interfaces en su búsqueda. La telefísica es el mundo convertido en *interzone*.

La metafísica postula que hay que ir *más allá de este mundo* para encontrar la “realidad”, la “verdad” o la “esencia”; la telefísica, en cambio, postula que hay que buscar todo ello “más allá” pero *dentro* de “este” mundo. La telefísica es la negación de la otredad radi-

cal. La telefísica es la esfera de la mismidad (irrealizada). Es el proyecto co-inconsciente de desrealizar el mundo para suplantarlo con una misma serie de deseos abstractos, un co-inconsciente puramente fantasmal.

La telefísica es la fantasía de la integración imposible.

Lo distante ya no es lo metafísico sino lo *físico* mismo. En la perspectiva metafísica, lo físico era lo inmediato engañoso. En lo telefísico, ha desaparecido lo metafísico (un más allá de *physis*), pero lo físico estrictamente también se ha desvanecido. (Es un reflejo que busca a alguien fuera del espejo y no lo encuentra.) En lo telefísico, tanto lo físico como lo metafísico se han evaporado. La telefísica es el dominio del vacío. Todo se ha vuelto distancia. Y todo lo que se desea en ese no-mundo es acortar la distancia. El deseo se ha vuelto sinónimo de señal instantánea.

Ha desaparecido el Cielo pero también la Tierra. O, mejor dicho, se acabó la Tierra en contraste con el Cielo.

Todo lo que hay es un *aquí* que tiene que *encontrarse* Lejos. Es la negación del aquí y el lejos. La telefísica es la paradoja completa. Es la contradicción sin lo sublime. Es la antinomia ridícula.

Te haces una imagen y te diriges hacia ella, como si no supieras que es la imagen que has hecho de ti mismo.

Esta es la imagen que los fans de Paris Hilton o RBD tienen en sus pancartas, la imagen que tú firmarás con el autógrafo del *superstar*. La imagen que, al verla, hace que te desmayes. Es también la imagen que el explotado tiene de sí mismo pero luego atribuye al explotador, en quien no se reconoce.

La motivación de lo telefísico es que el actual estado-de-cosas (para quedar inalterado) se vuelva nuestro más allá. Para que esta teleología se consiga es necesario dejar de identificar cuál es el actual estado-de-cosas y, una vez apagada dicha conciencia, hacerlo reaparecer no ya como realidad imperante, sino como objetivo deseable.

“Sé tú mismo”, “¡Sí!”, “*Be Yourself!*”, son los lemas telefísicos perfectos: la otrora absurda psicología de un tiempo que vive en retroceso de su *sí mismo*, pues, para no cambiar, el ser retrocede imaginariamente y, habiendo retrocedido, en jugada genial, *mira hacia adelante* su realidad imaginariamente abandonada y entonces consigue ¡tener una meta!, una meta que parece adelante.

El ser telefísico retrocede-de-sí y luego aspira a sí mismo.

Pero, ¿por qué ocurre la escisión que ocasiona posteriormente el co-control? Porque al interior del hombre

ocurre un conflicto. El conflicto apareció porque una parte de nuestro ser fue invalidada por otros (padres, familia y sociedad). Y desde ese momento el conflicto es tan fuerte, el desacuerdo consigo mismo tan intenso, que huimos de ese conflicto dando un paso atrás. Ese paso atrás lo damos refugiándonos en uno de esos polos; lo situamos en una especie de barrera taurina, desde la cual se observa, como espectador alejado, el otro polo al que se atribuye el conflicto —El Malo, El Amo, El Otro, etc.—, pero que al verlo desde ahí (una posición inferior, de suyo), ya no lo reconoce como parte enajenada de sí mismo.

Paradójicamente, al mirar así a ese polo ahora “distante” —y con el cual no nos hemos identificado tanto como aquél desde el cual miramos—, nos parece admirable, temible, atractivo, fascinante, repugnante, peligroso y, por supuesto, nos veremos dirigidos hacia él... reinstalando de nuevo el conflicto que, una vez que vuelve a hacerse insoportable, resolveremos de forma falaz, dando de nuevo un paso atrás, y así sucesivamente...

La telefísica es la metafísica *sin* la Idea de “más allá” radical. La telefísica es la metafísica de un mundo que ha perdido su más allá. La telefísica es el proyecto de renuncia de “otro mundo”. La telefísica encuentra su

otro mundo en el vaivén dentro de éste. Para lo telefísico ha desaparecido lo *meta* y ha aparecido lo *tele*: el más allá ha cedido su lugar a lo *distante-accesible*.

Esa distancia puede ser *geografía, época, clase, género, cultura*, etc. La telefísica rastrea su más allá en la pureza, no importa si ésta se inscribe en lo sincrónico o lo diacrónico. ¡La semiótica es la Seriedad de lo telefísico! Esta época sustituyó la “Idea” (¡Metafísica!) por el “Signo”.

En este contexto debe esclarecerse lo que ulteriormente entenderé por “tele-visión”. Por supuesto que significa un aparato electrónico y una serie de canales en donde se transmiten programas y anuncios. Significa publicidad, control remoto, MTV, cable, Televisa, BBC, CNN, NBC, etcétera. “Tele-visión” significa distracción, entretenimiento, espectáculo, concursos, información, noticias, *gossip*, hoy. (La tele-visión, al sentirse apartada de todo, está obsesionada con lo que sucede “hoy”. Al estar ausente de esta realidad, la desea conocer vía control remoto.) La tele-visión es la visión que tienen los separados-del-Ser.

La tele-visión, a fin de cuentas, es el complemento de la percepción perdida. Cuando ya no se percibe el ahora correctamente se requiere un aditamento *informativo*. La tele-visión es parte del proyecto epistemoló-

gico. Provee de conocimiento. Es parte de la Ciencia. El telescopio y el televisor son parte de un mismo impulso telefísico.

La tele-visión es el puente concreto (matérico-social) entre la era metafísica y la época telefísica. Televisión y cine manifiestan la *transición* entre lo metafísico y lo telefísico, una *transición* todavía inconclusa.

La metafísica permitió que nos marcháramos de este mundo hacia la imaginación de un mundo aparte; paradigma que heredó del pensar primitivo, el cual se conectaba con ese mundo mediante mito y rito. Pero la telefísica ya tiene otro mundo distinto del mundo metafísico. Si la metafísica es la identificación con el alma o espíritu, la telefísica es la identificación con la imagen. Una imagen que a partir de ese momento se sueña autónoma y, al siguiente, desesperada. Deseosa de todo, ávida de nada. La telefísica es el retiro de toda realidad. El deseo de que ese exilio sea posible.

La “televisión”, más que una tecnología, es cómo la tecnología suple (y modifica) la función del pensar. *Pensar* entre los griegos significa situarse en la esfera mental en que los entes encuentran su fundamento ultramundano, disuelven su coseidad en una fuerza inmaterial única (el Ser parmenídeo). Pensar significa

dejar de concebir la relación sujeto-objeto para ubicarse en la imaginación de su *arjé*, principio, ley o ilimitación (*apeironía*); lo pensable en contraposición a lo determinado, sensible o finito. La tele-visión es la técnica mediante la cual, en la “vida ordinaria”, el ciudadano occidental renuncia a desplazarse a la región de la Idea para preferir la de la Imagen. Si lo bíblico (las religiones de Libro) es la metafísica hecha práctica mundana, la tele-visión es la telefísica reificada. La tele-visión niega —como el pensar filosófico— lo cósmico (*óntico*), pero lo hace aplicando un intervalo de tiempo lineal progresivo ahí donde la metafísica (merced *uponoia*) aplicaba un intervalo de tiempo lineal regresivo; en este giro, pasamos de la búsqueda metafísica de la Esencia (Genésica) a la de la Imagen (Alcanzable).

Por tele-visión, además, quiero decir “pantalla”. En ese sentido, incluye a su precursor (el cine) y a sus sobriñas (computadora, internet, hiperrealidad, “guerra”). La telefísica es el más allá vuelto distancia (sociogeopolítica). La distancia, digamos, entre Primer y Tercer Mundo; ciudadano y gobernante; vida y VIP; devenir y moda; ahora y Ya.

La metafísica creía en el Yo mientras que la telefísica pronostica el *Show*. Si el Yo es el reducto abisal,

substancial, profundo, el Show es el Yo-Más-El-Otro atestiguándolo. Es el intercambio del ritual (reinstalación del Tiempo Mítico) por el espectáculo (telepuerto hacia *Next World*). La telefísica es la época en que toda tecnología se ha vuelto efecto especial.

La metafísica sostiene a la Esencia; la telefísica, al *Look*.

La telefísica no es enteramente clara para nosotros porque somos una época intermedia entre la metafísica moribunda y la telefísica fetal. Y, sin embargo, la telefísica ya se muestra como sucesión hacia una metafísica sin Suceso. La metafísica buscaba su realidad en lo invisible; la telefísica, en el monitor.

La psichistoria de la tele-visión contemporánea explica cómo y para qué hemos pasado de una era metafísica a una época telefísica en que lo *histórico* cede su puesto a lo *pantópico*.

¿Qué significa lo “histórico”? La idea de que hay un Absoluto (hegeliano) que se manifiesta a través del espacio-tiempo (kantiano) que lo muestra, dosifica, evidencia, comprueba, espera, teleologiza, macrorrelata, sirve, ama, de modo lineal-progresivo.

Lo histórico, entonces, en la época telefísica es intercambiado por lo pantópico, sin que este reemplazo impli-



que violencia o paradigma transgredido sino batuta entregada, estafeta indispensable: lo pantópico es lo histórico sin la necesidad de lo paulatino, sin el requisito de lo uno *después* de lo otro. Lo único que diferencia a lo histórico de lo pantópico es que, en lo pantópico, lo que históricamente estaba separado a través del tiempo, “ahora” está “simultáneamente” co-presente en un espacio “común” en que todo co-existe en un co-aquí sincrónico.

La tele-visión es uno de los emblemas de la pantopía.

La tele-visión es la pantopía popular de la cual el “Mercado” es la pantopía abstracta.

¿Por qué “vemos” tv? Porque la tv nos provee de la seguridad —ya anunciada por la metafísica que heredamos de las religiones— de que la realidad “está en otra parte”. Y, a la vez, nos provee de la seguridad de que esa “otra parte”, sin embargo, apenas está “lejos”, es decir, no es imposible; es asequible: aunque distante, es *alcanzable*. *La tele-visión es la metafísica sin tragedia*. La metafísica sin el dolor de la separación. En ese sentido, la tele-visión es el éxito de la re-ligación.

La tele-visión obsequia la certeza (fantasiosa) de que el rumbo que ya poseemos conduce hacia el Palacio de lo Otro. Un Otro que ya conocemos. Un Otro que es Lo Mismo. Lo Mismo Allá.

¿Cómo es que eso se traduce en términos *reconocibles*? El individuo que trabaja en condiciones alienantes de sí y de otros —no sólo *esclavo* sino simultáneamente *amo*: por ende, Ni-lo-Uno-Ni-lo-Otro— se pierde a sí mismo encontrándose en el consenso. La tele-visión certifica que la diferencia está basada en lo idéntico. La tele-visión elimina la contradicción que la metafísica agravaba. La tele-visión distrae del sí-mismo para ocuparnos de la otredad-que-no-lo-es.

Es exactamente mediante la tele-visión que lo metafísico cedió su puesto a lo telefísico en la vida diaria del occidental. Y por occidental no quiero decir solamente al occidental (europeo-estadounidense), sino todo ciudadano de cualquier cultura en su etapa tardía, en su “hibridación” globalizante. La lógica del *reality show* muestra la relación que la época telefísica mantiene con lo real; esto es, la diferencia entre lo real y lo *reality* es la diferencia que existe entre lo físico y lo telefísico. Lo mismo puede decirse de la noción de lo “virtual”. Son ya las primeras categorías de lo telefísico. La filosofía misma, sin percatarse enteramente de este giro, se ha transformado desde la Escuela de Frankfurt hasta Foucault, Baudrillard o Virilio, en una discusión sobre lo telefísico. Pero ha llegado el momento de comprenderlo

enteramente. Lo metafísico ha muerto y de su aborto emergió lo telefísico. La utopía ha sido suplantada por la pantopía. La pantopía no es la utopía que ha dejado de tener futuro. La pantopía es el futuro que ha dejado de tener presente.

Lo telefísico es una fantasía antropocéntrica; no está sucediendo fuera del ser humano; de hecho lo telefísico es la fantasía de que el hombre ya no deviene dentro del proceso ecológico. ¿Cómo se produjo lo telefísico? Apareció una distancia entre el hombre y el mundo que lo rodea: se hipertrofió la “mente”: el “pensamiento” se volvió metástasis. El dolor de lo real fue curado con la evasión absoluta de la realidad, a la que se yuxtaponen ideas e imágenes. Cuando la yuxtaposición abarca el completo terreno de lo existente estamos en el régimen total de lo telefísico. Es la propagación de lo “mental” lo que inaugura este reino exclusivamente fantasmático.

Lo telefísico destelló cuando el mundo de las *cosas* apareció. Una “cosa” es un ente cuyo proceso de devenir se ha vuelto invisible y, por ende, cobra una fantaseada autonomía (consciente o inconsciente), de tal manera que, psicológicamente, su realidad actual (la *cosa* que es) y su proceso de devenir no parecen estar juntos. La

*cosa* es el ente separado de su proceso. Los procesos negados se vuelven telefísicas.

El ser humano, digamos, entendido como un cuerpo que comienza en el momento de hacerse visible, en abstracción de su proceso uterino, familiar, cultural o de estirpe, es una *cosa*. La noción moderna de individuo no es más que la cosificación de la indivisibilidad del individuo con otros cuerpos —ese largo proceso. El individuo como cosa, verbigracia, es concebido como un cuerpo cuyo ser comienza con el alumbramiento y cuya mente será producto de sí mismo (o, en el mejor de los casos, de su “entorno”). Abstraída la “cosa” del proceso, comienza la tentación telefísica que, a falta de evolución procesual, buscará metamorfosis atómicas, ¡*eidolas* gratuitas!, que den consistencia a su flotación en el éter de su neomemoria.

Del mismo modo, cuando la carne es empaquetada entre plásticos, colocada en un supermercado, deshuesada, incluso alterada en su consistencia, forma o sabor originales, entonces, se ha cosificado. En un mundo en el que estamos rodeados de cosas, de las cuales desconocemos su proceso hacia atrás y hacia adelante en el tiempo lineal, paulatinamente surge lo telefísico: primero como una orfandad ontológica (soledad), separa-

ción orgullosa (por temor oculto: racionalismo de dominio) y sensación inconsciente de irrealidad de todas las cosas (idealismo, ironía); después, como una indiferencia hacia todo el entorno (nihilismo), convertido en una especie de contenedor (pantopía) sujeto a reordenación constante de partes (remezcla) y, finalmente, como una desrealización completa donde las cosas devienen *imágenes*. Es esta época la que vivimos actualmente, después de una transición provista por la industria y el mundo-de-las-cosas. Cuando las cosas han alcanzado su coseidad máxima, paradójicamente, se desvanecen mutándose en imágenes. (Lo telefísico no es la fase final. Las imágenes se volverán señales, órdenes; lo telefísico podría ser acompañado, catalizado o superado por una época ciberontológica, en que lo real será sinónimo de su autocontrol absoluto, donde la diferencia entre proceso, cosa, imagen y orden será nula.)

Lo telefísico abre una distancia en que lo más cercano se vuelve lo más lejano y lo más lejano se percibe como inmediato. Ambas distancias obviamente son ilusionemas. El ser, entonces, ya no percibe lo más cercano —su propio cuerpo, sus emociones, su entorno doméstico, su *polis*— y lo distante lo cree vecino —el deseo de ser una estrella del espectáculo, el “mundo” de las noticias,

¡las imágenes!—, invirtiéndose toda realidad, estableciéndose la vacuidad neurótica.

La tele-visión, en realidad, todavía es una forma precaria de telefísica.

En su carácter de aparato externo al cuerpo humano, en su faceta de cajón o macrotecnología, nos deja ver que la telefísica aún no se ha perpetrado. (La telefísica es un proyecto que podría ser desarticulado.) Lo que sí evidencia es que ya vemos al mundo ordinariamente a través de una pantalla. Una brecha eleática ya se abrió entre nuestra percepción y lo percibido. Esa misma brecha eleática ya se abrió entre nosotros y nosotros mismos. La Tortuga de mi vida jamás alcanzará al Aquiles de mi fuga.

Una pantalla apareció entre nosotros y la realidad, una distancia que, sin embargo, se hace pasar por anti-distancia. Un medio que se hace pasar por lo mediado. Una interzona que asume la forma de lo inmediato. La TV psicológicamente es un *inmedio* masivo; más que medio masivo se trata de una tecnología que desaparece su mediación para simularla de manera inmediata y masivamente. El televisor es la tecnología que por ser casera y mundializada acrecentó la transición de la metafísica hacia la telefísica, despegándonos de nuestra

realidad —y prosiguiendo así el proyecto alienante del dualismo— para situarnos ilusoriamente en una realidad lejana, inaugurando de este modo un nuevo más allá (neo *ultrella*). Mediante la tele-visión, la telefísica inventó un nuevo “inalcanzable” que, al ya no pertenecer a lo inalcanzable metafísico (el noúmeno), sino al formar parte de la promesa telefísica generalizada (todo mundo constituido como *este mundo*), es fenómeno, es visible, es un ¡*inalcanzable accesible!* Accesible mediante la complementaria *fast food*, el lenguaje *gossip*, el ojo *paparazzo*, el escalafón de la fama, el concurso instantáneo, la cámara del *reality*. La velocidad rige el mundo telefísico y, por la velocidad misma, esta etapa podría ser prontamente precedera. Su función podría ser meramente destruir la metafísica y preparar otra era, para la cual la época telefísica sería una rápida mediación —siete o nueve siglos. Ella misma podría ser víctima de su carácter exprés.

Al imperio metafísico correspondió una vida basada en la *otra vida*; a la época telefísica, la *televida*: existir como si tú fueras una imagen en un mundo en que el resto de las imágenes fuesen auténticas.

La *televida* desea preservar la distancia —de no mantenerla se arroja a lo inseguro aquello que en pri-

mer término y a como dé lugar desea evitar lo televisal—; y para preservar la distancia, el individuo televisal se aleja lo más posible de sí mismo convirtiéndose en una autoimagen —construida por el “y/o”, el co-inconsciente psichistórico y los dos súper yoes (matriarcal y patriarcal). Con ello, transforma el mundo de las imágenes en *realities* que puede comprar, cambiar, votar, descalificar, intercambiar a su antojo, en translógicos *zapping, reload, code-switching, swinger, anything goes, 2x1, ¡click!, remix, chaz chaz*. La televida es el desvanecimiento en un inmundo desprovisto de la percepción de los procesos.

La tele-visión contemporánea —esto es, aquella que funciona bajo el entendido de un mundo (este mundo) que comparte *un* mismo tiempo: la tele-visión que se constituye como Espacio Receptáculo— es la tecnología protagónica por la cual se propaga la lógica latente psichistóricamente; lo post-metafísico (pro-telefísico) se actualiza; reitera la idea de que la realidad es irreal, que hay otra realidad más verdadera. Pero ahora esa realidad no está fuera de este mundo sino en un lejos-click, en un *Nowhere-Now Here!*, un más-allá-¡Ya!-¡Aquí!, en que las nociones que solían ser repartidas en dos mundos, atribuidas a dos esferas irreconciliables, han sido reunidas



en una misma aduana, en un mismo demiurgato; ya no se trata de los mundos fenoménico y nouménico de la metafísica, sino de la fantasmagoría de la telefísica, una remezcla de ambos, lo uno y lo otro *together & happy*, en resolución magnífica (a todo color y en vivo, en directo, sonido estéreo digital). Se trata del mundo en que los estados distantes, los estados incompatibles de la metafísica dualista han sido reemplazados por los Estados Unidos de la telefísica integrada, la telefísica globalizada, donde lo único real es tu imagen y las imágenes son todas veraces, pues la tele-visión no es meramente un aparato o un *lifestyle* o una tecnología trasnacional, sino una manera de convertir la existencia en mirar lo más distante como si fuera lo más cercano y mirar lo más cercano como si no fuese verdad.

La tele-visión no es una tecnología sino un mundo en que el Ser ha devenido psico-imagen y la Historia, una serie de imágenes sueltas —para ser recombinadas y pasar de la paulatina Historia metafísica a la simultaneísta pantopía estadounidense. La tele-visión no es una tecnología sino un mundo en que los procesos se han vuelto cosas y luego las cosas, imágenes. La tele-visión no es una tecnología sino un mundo en que las fantasías se han vuelto relaciones y las relaciones, video-

juegos. La tele-visión no es una tecnología, es un mundo en que lo distante se ha vuelto inmediato y lo inmediato, infinitamente distante. La tele-visión es la época en que la visión nunca ha estado más lejos.

El presente ha sido convertido en nostalgia.

Psicopolíticamente, la telefísica es el reemplazo del proyecto metafísico por un proyecto en que la mentalidad hegemónica simula no tener el poder, mediante imágenes en que la conciencia toma por “superiores”, estados en realidad ya superados. Desde la publicidad hasta las metas inspiradas por el *jet set*, la telefísica establece una truculenta distancia con lo que ya impera. La telefísica está hecha de regresiones convertidas en ideales. La telefísica empuja hacia estados psicológicamente infantiles o políticamente retrógrados considerándolos *non plus ultra*.

Lo telefísico fabrica una autoimagen en que las idealizaciones del sí mismo —es decir, las estructuras ya dirigentes— devienen modo de co-existencia donde la Otredad es negada.

Esta Otredad negada puede ser la alteridad cultural, racial, genérica y, ulteriormente, la negación de que exista un estado superior de conciencia. Se llama *nihilismo* cuando la negación de que haya un estado superior de

conciencia al que se pueda acceder implica el rechazo al juego de instituciones capataces que hacen abstracción de nuestra participación en ellas (ocultamiento del co-control). Se trata de *acidia* cuando nos negamos al ascenso a un estado mayor de autoconciencia o, incluso, cuando se niega la posibilidad de que exista una ascensión del sí-mismo, escamoteándola mediante tesis relativistas o abierto conformismo. Y se denomina *telefísica* cuando el rechazo a un mayor estado de conciencia va al alimón de la fabricación de una vida mediática como devenir sucedáneo y aspiración apócrifa: el espectáculo idealiza el *statu quo*. La telefísica es el nihilismo y la acidia que no desean reconocer que han perdido todo más allá fabricando un más allá espurio, un menos-que-acá, un sin-aquí, un anti-ahora.

Las estrellas que el espectáculo coloca en su cielo convexo son las monedas aseguradas en el bolsillo inferior. Las promesas telefísicas, en verdad, se refieren a *valores ya dominantes*. Seducirnos de lo Mismo, seducirnos del nihilismo y la acidia —¡como si fuesen novedosa alternativa!—, hacer seductora, atractiva, la confirmación de la tabla de valores imperantes, es la función fundamental del espectáculo. Comúnmente a esto se le conoce como *éxito*.

El espectáculo preserva nuestro estado general de seguridad. Por seguridad quiero decir el deseo de que no se altere la estructura psicosocial. Nótese cómo todas las categorías estéticas telefísicas —*cool! chic! nice!*— son interjecciones relativas a este *voto de repetición* enmascarado de *promesa de otredad*. Exclamaciones provistas para un falso *shock*. Atelocardias para simular (evitar) revolución, sacudida o salto. La telefísica nos seduce hacia la alteración cuando en realidad nos atrapa en la permanencia. Esta es, asimismo, la esencia de la *moda* o el *tourism*.

Sancho no admite que es él quien alimenta los delirios de su amo y quien se autoengaña con tal de seguir jugando el papel de dominado-víctima-manipulado. Sancho no reconoce que Don Quijote y él son dos monedas con una misma cara.

El budismo tibetano predica que al morir entramos en el estado Bardo, una región mental *post mortem* en que aparecen toda clase de imágenes excitantes y terro-ríficas que si tomamos como reales, dirigiéndonos hacia ellas o huyendo de ellas, nos regresarán por desgracia al mundo material, sin comprender que todas esas imágenes no son más que un gran espectáculo del pensamiento todavía por superar. Los estertores de la fantasía.

Moribundeamos una época. A veces a esa agonía se le llama Muerte de Dios, Muerte del Hombre, Fin de la Historia, Fin de la Modernidad, etcétera. En realidad, no importan estas terminologías u otras. Se trata de sintagmas que intentan retratar un estado nervioso que nos comunica que, paradójicamente, hemos muerto y, sin embargo, seguimos semivivos. Exactamente estamos en un momento en que debemos recordar que las imágenes que nos rodean corresponden a una prueba espiritual. Si tomamos esas imágenes como ciertas, en su atractivo o terror, permanecemos atrapados en *Interzone*, nombre críptico de los Estados Unidos, que no es un país, sino una forma de existencia fantástica en que se ha perdido el contacto con los procesos largos y la realidad circundante; un estado mental en el que, entre lo uno y lo otro, hay miles de imágenes intermedias que se reproducen a cada instante.

Sabidurías como el budismo atañen a la era metafísica; son su solución dualista y el plan de su curación iluminaria. Ahora es necesaria otra sabiduría. Una sabiduría con la que podamos salir de la época telefísica, donde la mente, el cuerpo, las emociones, los sentidos, el co-inconsciente, detengan su producción de imágenes. De no hacerlo, no podremos siquiera regresar al mundo

de las cosas. El desenlace lógico de la época telefísica no permite tal retorno. La telefísica podría desmaterializarlo todo. Y, entonces, por primera vez en la historia del hombre, el espíritu “habitaría” no un cuerpo sino una zona de nadie, *buffer zone* o limbo del que no habrá escape. Sólo una interminable sala de espera.

Y, precisamente, esa claustrofobia-más-*spleen* es una sensación generada por la época telefísica. La sensación de que será difícil o imposible salir de ella. Esa idea pertenece a las telefantasías. Preocuparnos por salir de una época hecha de puras imágenes es absurdo. De una época hecha de puras imágenes no se puede salir porque jamás hemos entrado en ella.

Es innecesario resolver la ilusión telefísica. No podemos salir de esta época. Nunca hemos entrado en ella. Y en eso consiste esta época: en no poder cumplirse, en prolongar su autoengaño porque no puede ser logrado. La época telefísica consiste en un ser humano dándose de topes contra un muro, intentando abrir un boquete en el muro para poder pasar al otro lado. El hombre televital, el ser telefísico, es necedad pura. El muro contra el que se da topes ni siquiera existe. Se trata de un muro imaginario. El muro es otra más de sus imágenes.

## SEGUNDO OPÚSCULO: CONTRA MASS-CO-MEDIA

Ahora hablemos de telefísica mexicana. A nuestro actual estado psichistórico llegamos debido a la sumisión de grandes capas de la población durante la era prehispánica, la colonia española y la Segunda Conquista (estadounidense). Centenares de millones de mexicanos se han mantenido en la obediencia al amo durante siglos. Las estructuras sociales de dominación, por ende, ya han sido introyectadas, forman parte de un co-inconsciente diacrónico y sincrónico. Se reproducen a través de la familia, el trabajo y la cultura en general. Todo mexicano es su propio Hernán Cortés. Su propia Virgen y Tratado de Guadalupe simultáneamente.

Lo que llamamos “mestizaje” es una *fantasía de síntesis* para encubrir un proceso inconcluso de autoacep-

tación de las múltiples polaridades que constituyen a las mexicanidades. El “mexicano” como unidad no es más que un mito, un “híbrido”. Hablar de psicohistoria seguramente molestará a aquellos que prefieren creer cuentos de hadas racionalistas. Desgraciadamente, la opresión se convierte en elemento “natural”: circula psicohistóricamente. (En forma de tendencia hacia roles, reencarnación de personajes y reinstalación de sistemas de relaciones.) Los mexicanos no somos los únicos que (nos) *construimos* (como) psicohistoria. Cada cultura: una programación psicohistórica.

La experiencia histórica mexicana ha sido prolongadamente opresiva. La experiencia de millones de mexicanos ha sido *negada*. El magno error de los imperios prehispánicos fue la división abismal entre las capas que poseían el conocimiento y las mayorías. (Esa estructura, por cierto, no ha cambiado.) Esas mayorías, a pesar del alto grado de desarrollo espiritual al que llegaron las élites (mexicas o mayas, por ejemplo), no tuvieron acceso al conocimiento superior. Con la invasión española, la experiencia de las mayorías siguió siendo negada y el acceso al conocimiento superior, obturado. No fue sino hasta la Revolución de 1910 cuando la experiencia de las mayorías empobrecidas comenzó a ser valorada,



hasta convertirse crecientemente durante el siglo xx en demagogia.

Combinación letal: la experiencia largamente negada de pronto gritó y, sin embargo, el acceso al conocimiento superior, la sabiduría, no tuvo apertura. Actualmente somos una macrocultura —una ficción de unidad— que en reacción a la negación sistemática y duradera de su experiencia, ahora la exhibe como lo único válido, como lo único verdadero. Su lastimosa vergüenza se ha vuelto la gran Verdad.

A falta de educación y posibilidad de ascenso —desde económico hasta filosófico—, la frustración reiterada de generaciones conduce a un hondo enfado. Se renuncia a seguir intentándolo. Se refugia en el propio *statu quo* como meta deseada. Aunque las circunstancias cambien o se entreabran puertas, permanecer en el umbral y maldecir el otro lado es lo inmediato, porque el otro lado ha sido ocupado durante muchísimo tiempo por los opresores y pasar hacia allá es interpretado como autotraición.

Es entonces que el ser-oprimido se idealiza. Y cuando los opresores han perdido su prestigio, la frustración psicohistórica construye una venganza de validación en que exagerará todos sus rasgos de oprimido como exhi-

bición feroz y triunfalista ante el Otro, lo cual también es una (equivoca) estrategia de “validación” y crítica al discurso general de la transmutación, que erróneamente confunde como una *mentira* de las clases hegemónicas que se autoidentificaron con el “Progreso”. El “Progreso”, entonces, queda desacreditado y no se accede a él. No acceder a él, incluso, se vuelve parte orgullosa de la Identidad y el *triumfalismo del despreciado*.

Este es el fenómeno que rige los aspectos estereotípicos con que se autodefinen los sectores de colectividades como los *rednecks* o *white trash*, chicanos y negros dentro de los Estados Unidos. (¡Y del estadounidense en general ante el europeo!) Es también un ingrediente protagónico en el fundamentalismo islámico y, cada vez, será un factor más determinante entre los inmigrantes en Europa. Se trata de la identidad defensiva de los descalificados: reforzarse merced lo más reaccionario.

La venganza de validación es una sobrecodificación en que se extreman los rasgos que el Otro-Opresor atribuyó al Oprimido, para convertirlos en signos de Enfática Feliz Identidad (esta es la lógica del punk, el hip hop o los narcocorridos). El Oprimido se protege en lo más conservador. En el caso mexicano, en la Virgen de Guadalupe, el albur, la música y cocina “típica” o “despreciada”, a

modo de subversión subalterna inequívoca. La fraseología anglo “*In your face*” o la cínica “¿Y qué?” mexicana aluden a esta actitud revanchista en que el resentimiento psichistórico explota para reclamar que “esto que has considerado *condenable* ahora lo hago sin-vergüenza —*and so what?*— y si no te gusta, ¡me vale madres!”

Llegamos al estadio de crítica-kitsch. Lo kitsch se produce cuando un Significado (“Verdad”) es naturalizado (mitologizado) por saturación de sus Significantes.

Lo que distingue al kitsch de lo ideológico en general es que la reiteración del Significado se efectúa mediante la aglomeración de todos los significantes asociados a él. Esa multitud reiterativa de significantes —convertidos en símbolos— produce la sensación de la “innegabilidad” o Universalidad del Significado múltiplemente representado (por la pasarela ceremonial de significantes) y, a la vez, esa misma multitud produce la sensación de *sobrenaturalización* típica de lo que llamamos kitsch.

En lo kitsch, el Significado es percibido a la vez como Universal y como Artificial, Natural y Exagerado, Sublime y Cursi. Lo kitsch es la *sobrenaturalización*. Y el kitsch está psichistóricamente asociado a las validaciones de venganza o triunfalismo del despreciado, que llevaron al poder a Hitler, Bush II o Hugo Chávez.

Lo kitsch colecciona todos los significantes que han representado al supuesto Significado y no se contenta con representarlo con uno de tales significantes sucesivos o históricamente simultáneos, sino que pantópicamente los acumula en un mismo cuadro. (Para significar la Paz: una Marcha, Todos de Blanco, las Manos Tomadas y el Pecho Henchido, el Himno a la Alegría y una Paloma Volando, para colmo de manos de un Niño Inocente.) Lo kitsch quiere ser inequívoco. Lo kitsch quiere ser antológico. Lo kitsch quiere que no quede la menor duda.

La cultura mexicana popular-mediática vanagloria su pensamiento reaccionario desplegando todos los significantes que indican que *lo popular es lo verdadero* (¡la Neta!) en cada telenovela, parodia política, chiste, personaje, mueca o refrán. ¡Como si todo ello tuviera necesidad de propaganda! Pues se simula que no ha llegado al poder, que apenas está a punto de tomarlo. Lo que ya impera es vuelto la Gran Promesa. En México, la indignación acumulada se volvió fanfarronería kitsch. El Pueblo es lo más reaccionario.

Mantenerse Tal-Cual se volvió la Meta. Y cualquier alusión a la posibilidad de un pensamiento superior, una ofensa irrisoria, una *mamada*, “¡bájale!”

Por saber superior me refiero al que transmite cómo liberarse del autocontrol y, por ende, del co-control.

Este saber opera a nivel del pensamiento y en lo político, en lo personal y en lo histórico, en lo corpóreo y en lo cultural. Pero en culturas como la mexicana, el “conocimiento superior” quedó identificado con la información de la que las clases hegemónicas se decían propietarias. (Un conocimiento puramente quijótico. Compuesto de ilusionemas.)

De tal manera que el pueblo mexicano, en sus mayorías largamente despreciadas, ahora exhibe lo que fue considerado su pobreza de lenguaje, su clase social baja, su desinformación, su cuerpo burlado, sus complejos de inferioridad, su fealdad señalada, su “corrientez”, su ser negado de modo *chingüengüenchón* (lo sin-vergüenza encariñado consigo mismo), sobreamplificándolo, volviéndolo esencial, Melodía Meliorista (en su Hora Cuchi Cuchi), mostrando de modo “descarado” lo que había sido invalidado. Esta es la lógica psichistórica que rige actualmente a México, desde su vida doméstica hasta la mediática. Lo negado asociado con lo popular se caricaturiza por las dos grandes televisoras —a forma de insulto pseudoelitista y oda populista— creando un orgullo del vacío, un alarde de la ignorancia. Toda la cul-

tura mexicana se ha venido transformando en un Elogio de lo Jodido.

En este estado psichistórico no hay más finalidad que las Estrellas Inalcanzables; esto es, valores kitsch ya realizados que se autofingen irrealizables, para certificarse como infinitos a la mano o cocina económica de inaccesibilidades. No hay signo de una superación espiritual en el proceso de ser transmitida. Se trata de una venganza contra las Clases Hegemónicas celebrada por las clases hegemónicas mismas, porque este discurso les beneficia económicamente y porque las clases medias y altas axiológicamente se identifican con múltiples elementos del triunfalismo del despreciado; porque el desprecio a lo Mexicano por lo Occidental también ha tocado profundamente a las élites.

Desde la alternancia de poder —del pseudonacional-izquierdista Partido Revolucionario Institucional a la pseudoposición neoliberal del PAN—, Don Quijote estimula la borrachera ególatra de Sancho, alimentando su creencia —formada en la descalificación histórica de su figura— de ser lo Único Verdadero, de ser Lo Mejor de lo Mexicano. (El éxito de figuras como Andrés Manuel López Obrador depende enteramente de este fenómeno.)

Vivimos una época en que Sancho se autoparodia y parodia a Don Quijote, pues Don Quijote durante décadas forjó una imagen imposible de respetar moralmente y que, sin embargo, policialmente era hecha respetable. El régimen revolucionario fue —según dijo relajadamente uno de sus intelectuales orgánicos— una “dictablanda”. No logró volverse enteramente temible. Se volvió temible por su guerra sucia, por sus torturas, por su poder judicial y militar, por su corrupción a todos los niveles y, a la vez, por ser charro, folclórico, tercermierdista, comiquísimo. Se trató de un autoritarismo a la Ubu, de un terror indeciso, objeto perpetuo de humor negro.

En el siglo XXI, el gobierno no requiere del espectáculo como parte de su propaganda. El gobierno ha pasado a ser parte del espectáculo. Los partidos entran y salen del poder. Lo que no cambia es Azcárraga. El trono no es la Silla: es la Señal. El caso mexicano podría ser una prefiguración tropical o avatar cachondón del destino puramente espectacular de todas las democracias. En México, a finales del siglo XX, una dictadura invisible que mantuvo al Partido Revolucionario Institucional —su tercer nombre— por más de setenta años, cayó. ¿Tomó el poder un nuevo partido? (¿El llamado PAN?) No. Tomaron el poder los mass media, dos televisoras (y sus

patrocinadoras trasnacionales). Es este nuestro auténtico bipartidismo. La dictadura perfecta (Vargas Llosa *dixit*) continúa; ahora la dirigen Televisa y TV Azteca. La *teledictadura perfecta*: el poder lo ejerce a través de su función de *juez populista*, de *crítico chido* y *cagapalos cañón*. El secreto del mundo del espectáculo mexicano, desde su música y entretenimiento televisivo hasta sus melodramas y sus noticiarios, es que paulatinamente asumió el triunfalismo del despreciado hasta volverse su absoluto portavoz.

A partir de la caída del régimen revolucionario, Televisa y TV Azteca se convirtieron en fiscales de los políticos. (Aliados Incondicionales del Ciudadano.) La tv se volvió la Gran Justiciera. (Un personaje esperanzador precisamente porque al Tomar la Causa Popular, la tv redimió su Pasado Servil... ¡Televisa sí cumplió con el Cambio!) Ante la corrupción de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, los mass media se volvieron no un cuarto, sino el metapoder.

El populismo de la izquierda palidece, desde entonces, en comparación con el populismo televisivo. “El Pueblo Siempre Tiene la Razón”, “Tus Sueños Son los Nuestros”, “Lucharemos por Ti”, son los mensajes que cada instante lanza la televisión mexicana a su teleau-



ditorio, al cual —desde sus culebrones hasta sus *talk* y *reality shows*— habla en la “lengua del pueblo”.

Incluso el régimen de las Estrellas del espectáculo se “democratizó”. Las “Estrellas” se deterioraron gracias a los programas de *gossip* destructivo. Todas las figuras de antiguo prestigio —desde las divas hasta los presidentes— comenzaron a ser parte de la comidilla reactiva. (Entre más acidia más chisme.) La televisión mexicana tuvo el colmillo de poner a todas las figuras de poder en el blanco del ataque popular. Destrozando su prestigio y exagerando grotescamente la estética populista se desencadena programa tras programa la venganza contra las Élites.

Actualmente en México sólo se puede ser popular si eres impopular. Sólo se puede ser célebre si estás dispuesto a que tu reputación sea aplastada, ya seas Marthita Fox o *La Tigresa*. No hay intocables. En México, el *jet set* también ha perdido su realeza. Todo es populismo.

Por otra parte, las nuevas estrellas, gracias a la interactividad de sus concursos en busca de las nuevas figuras —de *Big Brother* a *La academia*— provienen “directamente” del Pueblo. Las televisoras quieren dejar claro que su único aliado incondicional son las peores expectativas de Los de Abajo.

Todos los demás están en la mira de la Cámara y, *ergo*, de las Encuestas.

El Pueblo es la Estrella número uno. El habla de lo “naco”, de lo “callejero”, lo “tuyo” es ahora la lengua franca de buena parte de los conductores, que usan tus palabras para demostrarte que están contigo, que Tú Eres lo Mejor. La televisión nos quiere convencer de que ella es la verdadera servidora pública. Siguiendo la Lógica Infalible del Chismógrafo, el mensaje eterno es: ¡No Cambies Jamás!

En México, no hay populismo más exacerbado que el de Televisa.

La *transición* consistió en el paso del poder del Partido y su corporativismo a la Televisión y sus trasnacionales, gracias al patrocinio de Ustedes, Los Que Hacen Posible Todo Esto, Los Inmejorables —los únicos que jamás serán criticados por López Dóriga, porque el único Mal que puede cometer el Pueblo es Haber Sido Manipulado—; tú eres, ¡Sí, Tú!, el telepopulismo. No hagas nada para superarte. Tú Ya Eres, Canijo, ¡Lo Más Chingón!

Televisa tenía una deuda ética —haber servido al régimen durante décadas—, pero a finales de los noventa Azcárraga Jr. se propuso saldar esa deuda. Televisa sabía que el PRI agonizaba. Abandonó parcialmente su apoyo

incondicional al Presidente y decidió aumentar su credibilidad en la teleaudiencia que, acostumbrada a la ausencia total de crítica, se llenó de contento y esperanza ante la “apertura” de los medios, por inofensiva que ésta, a final de cuentas, resultara. Televisa pagó su deuda desviando la atención de su propia historia mediante la sobrexposición de los políticos, apuntando su dedo contra los gobernantes —que durante decenios exaltó— en una época en que esa era la única forma de recuperar la credibilidad, es decir, expandiendo el absoluto escepticismo hacia toda forma de política. En el presente mexicano se está preparando (inconscientemente) la derogación del Estado de Derecho al carcomer la existencia respetable de cualquier autoridad. *Se está linchando la idea de una política.* No hay nadie que no esté participando o alentando ese linchamiento. Comenzando, por supuesto, por la ciudadanía y los funcionarios.

Televisa se erigió como el dedo que apunta hacia los villanos, y el “pueblo”, efectivamente, desvió la mirada de Televisa y sus negaciones y la dirigió contra los supuestos protagonistas de la vida pública. Aunque, en realidad, la televisión no sólo permanecía en el poder, sino que, además, aumentaba su hegemonía.

En tiempos pospresidencialistas, una de las funciones de la televisión mexicana ha sido, precisamente, mermar la autoridad de la figura presidencial. Reducirla al absurdo. Esto fue lo que le sucedió a Vicente Fox, convertido en rey de los *bloopers*. La población mexicana, en realidad, no quiere el desarrollo de la nación (que sólo puede venir mediante la educación terapéutica), lo que desea es la ruina de la política (gracias a la televisión); TV Azteca y Televisa son los abanderados de esa evasión y venganza.

¡Mass co-media, por favor!

El enorme enemigo de la crítica no es ya, pues, únicamente la presión gubernamental —que sigue ejerciéndose—, ni la influencia de las transnacionales —que aumenta— sino que las televisoras se han erigido como *irónicos* jueces en vivo de todo proceso político, voluntariamente esclavizadas a inclinar su balanza a donde dicte la Opinión Enfurecida del Pueblo... Pueblo del que se sigue burlando de modo misógino, clasista y racista, porque esa es la mentalidad que paradójicamente comparte con las mayorías.

Para comprobar que Ahora Sí Dice la Verdad, la tv se ha vuelto inmediatesta ofreciendo las pruebas: videos, entrevistas, coberturas en vivo, grabaciones telefónicas,

helicópteros, etc. La gran prueba de su credibilidad es el tiempo real y, por otra parte, la videopolítica. (La videopolítica que prueba que la imagen revela la realidad escondida; que la cámara es nuestro superhéroe contra la corrupción.) La cámara es la única *neta*. Toda verdad será videoverdad o no será.

La función primordial de la televisión mexicana es burlarse populacheramente de la política; destruir la credibilidad de la alternancia radical. Convertir la Historia en un Churro. (Donde todo protagonista es un vil transa y toda acción, una fichera culera.) Todo el lenguaje “crítico” mexicano se ha reducido a la sátira. (¿*Qué nos pasa?* fue primero. Héctor Suárez fue quien inició la descarga de la denuncia guardada.) La televisión mexicana se encarga de que todo sea *carnavalizado*; imposibilitando así una crítica constructiva o profunda. Lo importante es que caiga el pastelazo en la cara de Los Elegidos, esos Mamertos. Esto es la *catarsis carnavalesca* de la telecomedia, pareja perfecta de la *catarsis melodramática* de las telenovelas. Esto es lo que Mayra Luna ha llamado el “control cómico” de “Plaza Placebo”.

El lenguaje pseudo crítico, cómico, de la televisión mexicana, tiene como único objetivo *satisfacer* el deseo de Reír de Nuevo. La compulsión mexicana por la risa

—el mexicano expulsa la tensión mediante la carcajada— exige a las televisoras volverse alimentadoras de chistes, a costa (hoy) de la política. La nueva dictadura perfecta es la exigencia popular de Más Comedia... Mass-Co-Media es el régimen telefísico en que se ha renunciado a la superación espiritual en bien de la comedia política dirigida por las pantallas.

Rebajando toda figura política a platillo de su escrutinio payasito, todo seguimiento de la noticia en parodia transhistórica, las televisoras son co-responsables del menoscabo del espacio público, del espacio de manio-bra o negociación. ¡Zócalo-Sancho!

No hay mayor temor en México que el temor a ofen-der a las televisoras. Son ellas las que recibieron la esta-feta —de manos de Carlos Salinas— de la Impunidad Absoluta. Para conservar este co-poder, la televisión mexicana debilita, día y noche, la credibilidad de los gobernantes y aumenta exitosamente la soberanía total del entretenimiento transpolítico, donde todo Ciudadano Bueno es *víctima*, porque si quiere dejar de serlo y se alza, no es víctima: es un *revoltoso*.

La diversión como golpe de Estado.

¡Los jodidos son lo Hot!

¡Los Condenados de la Tierra son Chido-Chidos!

Las televisoras tomaron el control de la consulta periódica de la voluntad del “pueblo”, a través de encuestas telefónicas a propósito de todo asunto, programas interactivos en donde tus correos de voz, mensajes celulares, llamadas, sondeos, *opinion polls*, rigen. Desde el chisme estilo *Ventaneando* hasta el Programa de Resultados Electorales Preliminares, las televisoras tomaron el control de vigilar las fluctuaciones de la “democracia”.

A partir del sexenio posrevolucionario (Hinstitucional), la función principal de los mass media mexicanos fue la vigilancia paródica. (Hacerle muecas al político mientras habla.) Televisa y TV Azteca, el comediato. Sus conductores tienen como chamba desaprobar o aprobar diariamente las palabras, actos, imágenes y propuestas de los partidos, candidatos y políticos. A sabiendas de que la “voluntad popular” sólo puede ser alcanzada a través de las televisoras, los políticos —en quienes ha recaído toda la “culpa” de la vida nacional— han aceptado el tele régimen.

Reducir al ridículo todo acto de poder. Hacer imposible el poder.

Todo lo que ya hay es olocracia, gobierno de la “plebe”. La democracia es tan sólo la autoimagen idea-

lizada que la oclocracia se hace de sí misma, para evadir su responsabilidad en el co-control. Del mismo modo en que Sancho mira (en pleno espejo) la cara de Don Quijote, la oclocracia se engaña llamándose “democracia”. El pueblo se oprime a sí mismo en la forma de un gobierno que dice no merecer. No presenta ninguna alternativa a la lógica vertical que acusa. Su elección permanente es Coca-Cola, Bimbo, Corona, Sabritas, Hollywood, el Canal de las Estrellas (¡Tú Canal!) Pide a las televisoras, a las revistas, a los medios masivos en general, el recalentado de su propio kitsch. Orgullosamente lumpeño, el mexicano espectacular es la Nueva Estrella.

Lo Naco es lo *Cool*. Confirmación de que lo *Popoff*, ¡ya *chole!* Y lo chorriado es lo Valedor. Nosotros los pobres, versión autocómica, diversión para toda la familia (ironía, garnacha, chela y sketch privado incluidos). Ningún Político Está a tu Altura (¡pinches pendejos: no saben que tomas chiquitolina!) ¡Viva el Pioder! (El Astro Rey es la Grey Astrosa y el Taoísmo es Tepito.) Desquite de todas las injusticias: la cultura jodida. Joder la cultura (es nuestra consigna). Lo que aquí llamo los Jodidos: las clases sociales bajas, medias o altas que no aspiran más que a exacerbar su *statu quo*. La jodidez: el estado



de conciencia que el mexicano cree imposible de superar. ¡¿Para qué?! ¡Ajúa! ¡Arriba Ansinamesmo! Darle en la madre al sistema (¡por puto!), aunque eso signifique sacar todo el cobre, relucir toda la misoginia, todo el auto odio, todos los chascarrillos, cantinfleos, dichos quemados, lo más cuarro, lo más rascuache, lo más chún-taro, lo más chafa, para embarrarle en la cara al Poder tanto Pinche Fraude. ¡Áñeñe! ¿Ño que ño? Somos lo Más Machín... Y lo demás es ¡Nel! No es casualidad que los gustos de las Clases Altas, compadre, ahora también sean gruperos y le pongan bien duro (adrede, *brodí*) a lo Naco. ¡Órale! ¡Sí Se Pudo! ¡Sí Se Pudo!

Es esto lo que llamamos la “Neta”. La “Neta” es una palabra mexicana que significa ser sincero (“ser neto”), que postula que a pesar de que no estés “educado” tienes inherentemente Mayor Verdad. La Neta ha sido reconstruida por el cine y la televisión nacionales. Son parte de su populismo estructural, que atribuyó, primero, una nobleza de alma, una inocencia salvaje, a las clases pobres —las películas de Pedro Infante son el máximo símbolo de esta tendencia— y luego co-construyó la noción de que el mexicano, a pesar de su desinformación y miseria económica, es perspicaz, sabe más que el poderoso, es picarón, ocurrente, dicharachero, ya

no noble sino “trucha”, sabelotodo, milusos, chingón, domina el “Verbo” a través de la carrilla o el albur. Todo lo Puede Lograr porque Nada se le Atora, “es muy salsa”. Inflando la autosuficiencia del mexicano “popular”, por supuesto, se construía la fantasía de su superioridad *de facto*, natural. Esta jugada corrió a cargo, sobre todo, de la televisión y el humor popular. La lógica Tú Eres Pepito (¡el de los chistes!) ¡Picarón!

La Neta se fue haciendo una certeza. La certeza de que los discursos hegemónicos no sólo son falsos sino que encuentran su refutación y verdad en el lenguaje y concepción del mundo “popular” (esa sí, Incuestionable), Mera-Mera. Reivindicación de lo naco, lo chido y lo chilango. Cortón con todo lo Alto. Zafe de todo lo Creydo.

Sígase la trayectoria del humor televisivo y las telenovelas después de la llegada al poder del PAN en el 2000, precedidos por personajes paradigmáticos como Luis de Alba (en su contrapunto entre *El Pirruris* (lo más Fresca, Ves, O sea) y *El Chido Guan*: “Yo soy Juan Camaney, bailo tango, fumo puro, masco chicle, pego duro, tengo viejas de a montón, tu ru rú”), *La Pelangocha* o *La Chupitos* (pastiches de *La Guayaba* y *La Tostada* de *Nosotros los pobres*) o la neo-naca interpretada por Consuelo Duval,

hasta programas de mass-co-media como *El privilegio de mandar*, los “notifieros” del tenebroso payaso Brozo, *La parodia* o secciones de noticiarios como *Las mangas del chaleco* —“Por mi madre, Bohemios”, versión telepapas— y sabremos que la lógica cultural de la mass-co-media mexicana es Dejar Claro que Somos tus Cuates, Estamos de tu Lado, No Panda el Cúnico, Carnales, pues aunque las figuras públicas valen caca (y te ayudaremos a chotearlas), ¡al Jodido lo que pida! Todo lo demás es Puro Peto y la Neta, esa sí, tu lenguaje, tu modo de ver el mundo, aunque digan que es cholo y haya sido invalidado por siglos, nel, no es cobre, es chido-cool-¡cabroncísimo!, la Pura Verdad, la Neta-Neta.

La creencia de la existencia de la Neta —un contra discurso que podía escucharse en los Sin Voz— se trató de una ficción romántica no sólo mantenida por las propias clases en desventaja económica y educativa, sino también por amplios sectores gubernamentales y de la oposición de izquierda o la academia culturalista, por ejemplo, y más recientemente por el vergonzante populismo simplón de la derecha. La idea de que la cosmovisión y el estilo de vida del grueso del pueblo mexicano tenía un valor intrínseco, una sabiduría-más-salsa, se ha vuelto insostenible.

Si se le desromantiza, la Neta —su estética, sus figuras emblemáticas, sus ideas— conforma un ideario altamente reaccionario, alineado con lo peor del patriarcado y el matriarcado combinados. Lo que la Neta quiere desplazar de la atención es que se trata de un discurso gastado que forma parte de la hegemonía, que no se diferencia fundamentalmente de la ideología oficial. La Neta es la forma en que el mexicano esconde que se trata de Don Quijote, haciendo alarde de que es Sancho.

Nótese, de paso, que el pensamiento mexicano no ha sido ni puramente filosófico ni puramente psicoanalítico. De Ramos a Paz y de Portilla a Monsiváis, se trata de una teoría crítica que no ha necesitado de ese nombre para describir las motivaciones psicológicas y culturales del mexicano. El pensamiento mexicano más interesante siempre ha sido psichistórico. Y, por ende, siempre ha corrido el riesgo de volverse parte de la Neta.

La Neta es la complicidad secreta. Esto puede quedar simbólicamente evidenciado por aquella llamada telefónica entre el empresario Kamel Nacif y el gobernador de Puebla, Mario Marín, en 2006, cuando discutían cómo castigarían a la periodista Lydia Cacho por acusarlos públicamente de pederastas.

“—Quiúbole, Kamel.

—Mi góber precioso.

—Mi héroe, chingao.

—No, tú eres el héroe de esta película, papá.

—Pues ya ayer le acabé de dar un pinche coscorrón a esta vieja cabrona. Le dije que aquí en Puebla se respeta la ley y no hay impunidad y quien comete un delito se llama delincuente. Y que no se quiera hacer la víctima y no quiera estar aprovechando para hacerse publicidad. Ya le mandé un mensaje, a ver cómo nos contesta. Pero es que nos ha estado jode y jode, así que se lleve su coscorrón y que aprendan otros y otras.”

Esta conversación entre un empresario hegemónico y un funcionario público de alto nivel se trató de una *fiel* transcripción del lenguaje de la Neta que, por cierto, es el lenguaje que dio forma al llamado Nuevo Cine Mexicano, que también cayó presa de la creencia de la supuesta fuerza, verdad urbana, del lenguaje callejero y que constituye la continuidad no rota entre la Época de Oro (mitad de siglo) y el Cine de Ficheras (años setenta y ochenta) que por disímiles que parezcan comparten la Fe en la Neta, el mismo axioma populista que impulsó los guiones y estética visual de buena parte del Nuevo Cine Mexicano (los noventa). La Neta es la base de la industria cultural en México.

La Neta, en definitiva, es el idioma no sólo de lo subalterno urbano —el lenguaje de nuestras favelas, cartolandias o *slums*—, sino también el idioma en que habla la corrupción espiritual mexicana, la impunidad. La Neta es el idioma del co-control mexicano.

La Neta, como parte del populismo mass-co-mediático, muestra la indisoluble unión de lo fresa y lo vulgar, lo *high* y lo chalán, lo quijótico y lo sánchico; muestra nuestra versión cultural de lo que abstractamente hemos llamado el co-control, el poder-peón.

Y también evidencia nuestra técnica psichistórica de liquidación de todos los proyectos metafísicos y su reemplazo por proyectos telefísicos. Y nuestro deseo de convertirnos en imágenes, las imágenes del espectáculo. Sin embargo, advirtamos que las imágenes a las que aspiramos no se tratan ya de las Estrellas Inalcanzables de mitad del siglo xx —en el auge de la industria cultural—, sino que el mexicano paradójicamente aspira a ser lo peor de sí mismo, como si necesitara vivir en la imagen descalificada de su ser para poder revalorarlo y poder vengarse de su opresor fantasmático.

En la telefísica mexicana, no hay más allá fuera de la imagen degradada que el mexicano heredó de sí mismo. Las imágenes de la telefísica mexicana son imágenes

autodiscriminatorias donde se combinan el desprecio y la elevación, el complejo de inferioridad y el delirio de grandeza. No hay proyecto de superación. A lo que se aspira es a la exhibición orgullosa de la flojera, el *cagapalismo* o la ignorancia. A la permanencia en el *statu quo* (porque Ya Es el Mejor y por eso alardea la Neta, es decir, *la doxa o lengua que difunde festivamente el estado de conciencia más bajo*), aquel producido durante los imperialismos prehispánicos, español, estadounidense y del Estado revolucionario, asimilados y explotados para beneficio hoy del capitalismo globalizador y del conformismo popular.

El mexicano hegemónico quiere transformarse en una imagen: la imagen del Esclavo Burlón, de la Víctima Satírica, Sancho Jodedor, Calaca Cabrona, Pobrecito Chingaquedito, Agachado Saboteador. Se refugia en esa caricatura debido a una herida profunda en su ser sobajado, debido a un largo proceso de humillación que, apenas tuvo oportunidad de asomar la cara, se convirtió en mueca revanchista, en arrastrado ufanado. Lo que no sabe el mexicano es que la persistencia en este proyecto sólo lo conducirá a permanecer *orgullosamente* sometido, fantaseando; mientras tanto, ser el dominador fáctico (y serlo probablemente en la esfera de lo simbólico o

lo mediático) lo llevará a esconder aún más su protagonismo en el proyecto de co-control. ¿Qué ocurre cuando un individuo o una nación están enamorados de la imagen de su humillación, la imagen de su sacrificio, de su victimización? Buscará a toda costa hacer esa imagen *realidad*.

En venganza a su ineficacia económica, su total bancarrota ética y su abusiva violencia, la mass-co-media mexicana probablemente conducirá a la inoperancia del Estado mexicano. Y, por otro lado, el enamoramiento de la figura lastimera de Sancho lo inclinará a buscar su hiperrealización, su puesta en escena fenomenal.

La telefísica mexicana lo que está preparando es una Segunda Conquista. Sólo así podrá gritar a los Cuatro Vientos que su Sumisión es Verdad, que lo que ha sido Negado se ha vuelto la Realidad.

¿Cuál es, pues, nuestro destino? Nuestro destino es la dominación.

Desde el punto de vista psichistórico estamos marcados por la estructura dual del co-control.

¿Cuál es, entonces, la solución? El desarrollo de una nueva espiritualidad de liberación del autocontrol. El abandono de la mass-co-media —la erradicación de la actual industria del entretenimiento mexicana—; si



lo mass-co-mediático está fundado en la idea de que *lo mejor es reírse en un mundo que no cambiará jamás*, hay que reinventar una espiritualidad que reconozca que la muerte no sólo es nuestra tragedia sino también lo que da sentido al ascenso del individuo, a lo que este ascenso excepcional puede dotar como obsequio azaroso a la humanidad. En México, en los Estados Unidos, en todas partes del planeta, necesitamos recordar que —estemos preparados para entender este mensaje o lo malinterpretemos— todo lo que hacemos a través de las culturas determina el destino de nuestra especie animal y, por ende, afecta a todo el planeta.

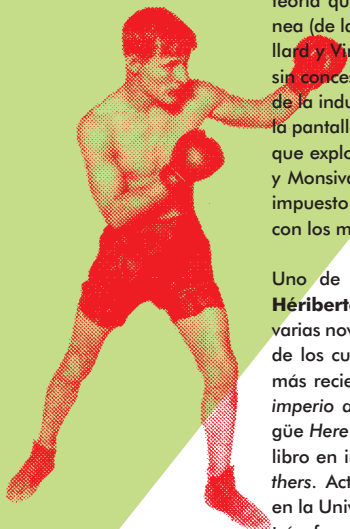
Tarde o temprano, la tele-visión tendrá que venirse abajo.

La sabiduría tendrá que ser restablecida. Terminará la televida. Seremos nuevamente un proceso más de la Tierra.

La segunda edición de *Contra la Tele-visión* de Heriberto Yépez se terminó de imprimir, después de haber lanzado la caja idiota por la ventana, en el mes de abril de 2010, en la ciudad de México. El tiraje fue de mil ejemplares. En la composición se utilizó la tipografía Mercury Text publicada por Hoefler & Frere-Jones.



## CONTRA LA TELE-VISIÓN



Esta obra es doble. Por un lado, se trata del aviso de que al morir la metafísica apareció una época dominada por lo que el autor llama la *telefísica*, teoría que dialoga con la filosofía contemporánea (de la Escuela de Frankfurt a Debord Baudrillard y Virilio). Por otro, se emprende un análisis sin concesiones de la cultura popular mexicana y de la industria del entretenimiento encarnada en la pantalla chica. Esta obra se suma a la tradición que explora la mexicanidad (Ramos, Paz, Portilla y Monsiváis), pero lo hace bajo una luz que ha impuesto el presente: la relación del mexicano con los medios masivos.

Uno de los precursores del blog en México, **Hériberto Yépez (Tijuana, 1974)** es autor de varias novelas, libros de ensayo y poesía, algunos de los cuales han obtenido premios. Sus títulos más recientes son *A.B.U.R.T.O.*, *Tijuanologías*, *El imperio de la neomemoria*, el libro visual bilingüe *Here Is Tijuana / Aquí es Tijuana* y su primer libro en inglés: *Wars. Threesomes. Drafts. & Mothers*. Actualmente es profesor de teoría crítica en la Universidad Autónoma de Baja California y tránsito de sí mismo.

  
COLECCIÓN  
VERSUS

ISBN 978-607-7534-25-9



9 786077 1534259